

mente su objeto. Las artes comienzan por tentativas oscuras, y ensayadas en diferentes lugares : cuando se han perfeccionado, se da el nombre de inventores á los que, usando de operaciones acertadas, han facilitado su práctica. Citaré un ejemplo. Aquella rueda con que un alfarero ve redondearse una vasija bajo su mano, fué introducida entre los Griegos por el sabio Anacarsis, segun me dijo un dia el historiador Eforo, tan versado en el conocimiento de los usos antiguos. Cuando estuve en Corinto quise vanagloriarme de ello ; pero me replicaron, que esta gloria era debida á un conciudadano suyo, llamado Hiperbio : un intérprete de Homero nos probó con un pasage de este poeta, que era ya conocida esta máquina antes de Hiperbio. Filotas por su parte defendia, que el honor de la invencion pertenecia á Talos, anterior á Homero, y sobrino de Dédalo de Atenas. Lo mismo sucede con la mayor parte de los descubrimientos, que todos los pueblos de la Grecia se atribuyen á porfia. Lo que se debe inferir de sus pretensiones es, que cultivaron desde muy temprano, las artes de que se creen autores.

Corinto está llena de almacenes y de fábricas : entre otras cosas se fabrican sobrecamas, muy estimadas en las demas naciones. Gasta mucho en juntar pinturas y estatuas de buenas manos,

pero hasta ahora no ha producido ninguno de aquellos artistas que dan tanto honor á la Grecia, ya sea por no tener mas que un gusto de lujo á las obras maestras del arte, ya porque reservándose la naturaleza el derecho de colocar los ingenios, no deja á los soberanos mas que el cuidado de buscarlos, y manifestarlos. No obstante, son estimadas ciertas obras de bronce y tierra cocida que se fabrican en esta ciudad. No tiene minas de cobre ; pero sus artifices, mezclando el que les viene de fuera con una corta porcion de oro y plata, componen un metal lustroso, y casi inaccesible al orin, con el cual hacen corazas, cascos, figurillas, copas y vasos, no tan estimados por la materia, como por el trabajo, los mas de ellos adornados con ramage, y otros adornos abiertos á cincel. Con la misma destreza trazan estos adornos en las obras de tierra. La materia mas comun recibe de la figura elegante que le dan, y de los ornamentos que la realzan, un mérito que la hace preferir á los mármoles y metales mas preciosos.

Las mugeres de Corinto se distinguen por su hermosura : los hombres por la aficion al lucro y á los placeres. Pierden la salud con los excesos de la gula ; y el amor no es en ellos mas que una desenfrenada licencia. Lejos de causarles rubor, quieren justificarlo con una institucion, que pa-



rece convertirlo en deber. Su principal divinidad es Venus, á quien han consagrado rameras para que les alcancen su proteccion; y estas, en las grandes calamidades, y en los peligros inminentes, asisten á los sacrificios, y van en procesion con los demas ciudadanos, cantando himnos sagrados. A la llegada de Xerxes se imploró su auxilio, y yo he visto la pintura en que están representadas, dirigiendo sus votos á la diosa. Unos versos de Simónides, puestos al pie de la pintura, les atribuyen la gloria de haber salvado la Grecia.

Un triunfo tan distinguido multiplicó esta especie de sacerdotisas; en el día los particulares que quieren asegurar el buen éxito de sus empresas, prometen ofrecer á Venus cierto número de rameras, que traen de varios paises. Se cuentan mas de mil en esta ciudad; las cuales atraen á los comerciantes extrangeros, y en pocos dias arruinan una tripulacion entera; de donde nació aquel refran: no es para todos ir á Corinto.

Debo advertir que en toda la Grecia, las mugeres que tienen semejante oficio de corrupcion, jamas han aspirado al aprecio público: que aun en Corinto, donde me enseñaron con tanta complacencia el sepulcro de la antigua Lais, celebran las mugeres honradas una fiesta en honor de Venus, á la cual no pueden ser admitidas las rameras; y que sus habitantes, que en la guerra

de los Persas dieron tantas pruebas de valor, habiéndose debilitado por los placeres, cayeron bajo la dominacion de los Argivos, se vieron obligados á mendigar sucesivamente la proteccion de los Lacedemonios, de los Atenienses y de los Tebanos, y por último han quedado reducidos á no ser mas que la nacion mas rica, mas afeminada y mas debil de la Grecia.

Solo me resta dar una idea ligera de las variaciones que ha experimentado su gobierno; para lo cual me veo precisado á retroceder á siglos muy remotos, bien que no me detendré largo tiempo.

Cerca de ciento y diez años despues de la guerra de Troya, y treinta despues de la vuelta de los Heraclides, obtuvo el reino de Corinto Aleatas, descendiente de Hércules, y lo poseyó su casa por espacio de cuatrocientos diez y siete años. El hijo primogénito sucedia siempre á su padre. Abolióse despues la monarquía, y pusieron el poder soberano en manos de doscientos ciudadanos, que no contraian enlaces sino entre ellos, y debian ser todos de la sangre de los Heraclides. Cada año se elegia uno para la administracion de los negocios, con el nombre de pritano. Pusieron sobre los géneros que pasaban por el istmo, un derecho que los enriqueció; y los perdió el exceso del lujo. Noventa años despues de su institucion, Cipselo ganó el favor del



pueblo, se envistió de su autoridad \*, y restableció el trono, que duró en su casa setenta y tres años y medio.

Señaló los principios de su reinado con proscriciones y crueldades. Persiguió á aquellos habitantes, cuyo crédito le hacia sombra; desterró á unos, quitó los bienes á otros, y dió muerte á muchos. Para debilitar todavía mas el partido de los ricos, les sacó durante diez años, el diezmo de sus bienes, con pretexto, decia él, de un voto que habia hecho, antes de ascender al trono, y que creyó cumplir poniendo una grandísima estatua dorada, cerca del templo de Olimpia. Cuando dejó de temer, quiso hacerse amar, y se dejó ver sin guardias ni aparato. Movidó el pueblo con esta confianza, le perdonó fácilmente las injusticias de que no habia sido víctima, y le dejó morir en paz, al cabo de un reinado de treinta años.

Periandro, su hijo, empezó como habia acabado su padre: anunció dias venturosos, y quietud durable. Admiraban su afabilidad, sus luces, su prudencia; los reglamentos que hizo contra los que poseian muchos esclavos, ó cuyo gasto excedia á la renta, y contra los que cometian crímenes atroces, ó tenian costumbres depravadas: formó un senado, no impuso nuevas con-

\* El año 638 antes de J. C.

tribuciones, y se contentó con los derechos de los géneros: construyó muchas naves, y para dar mayor actividad al comercio, resolvió romper el istmo, y dar comunicacion á los dos mares. Tuvo guerras que sostener, y sus victorias dieron una alta idea de su valor. Por otra parte, ¿qué no se debia esperar de un príncipe, cuya boca parecia el órgano de la sabiduría? que decia algunas veces: « el amor desordenado de las riquezas es una calumnia contra la naturaleza: « los placeres son pasajeros, las virtudes son eternas: la verdadera libertad no consiste sino « en una conciencia pura. »

En una ocasion crítica, pidió consejos á Trasibulo, que reinaba en Mileto, con quien tenia relaciones de amistad. Trasibulo sacó al diputado á un campo, y paseándose con él por entre unas mieses lozanas, le iba preguntando el objeto de su comision, y al mismo tiempo iba cortando las espigas que descollaban sobre las demas. El diputado no comprendió que Trasibulo acababa de poner ante sus ojos, un principio adoptado en muchos gobiernos, aun republicados, donde no se permite á los simples particulares tener demasiado mérito, ó demasiado crédito. Periandro entendió este language, y continuó usando de moderacion.

El lustre de sus acciones, y las alabanzas de los aduladores, desenvolvieron por fin su ca-



racter, cuya violencia habia reprimido hasta entonces. En un arrebató de cólera, quizá excitado por los zelos, mató á Melisa su esposa, á quien amaba en extremo; y este fué el término de su felicidad y de sus virtudes. Irritado por un largo dolor, no lo fué menos cuando supo, que lejos de compadecerle, le acusaban de haber mancillado en otro tiempo el lecho de su padre. Como creyó que la opinion pública se resfriaba, se atrevió á hacerle frente; y sin considerar que hay injurias de que no debe vengarse un rey, sino con la clemencia, descargó el brazo sobre todos sus súbditos, se rodeó de satélites, y se encruelció contra los que habia perdonado su padre: con un ligero pretexto despojó de sus mas preciosas alhajas á las mugeres de Corinto, agobió al pueblo con trabajos para tenerle esclavizado; y agitado él mismo continuamente de sospechas y temores, castigaba al ciudadano que estaba sentado tranquilamente en la plaza pública, y condenaba como culpado á todo hombre que podia serlo.

Ciertos sinsabores domésticos aumentaron el horror de su situacion. El menor de sus hijos, llamado Licofron, instruido por su abuelo materno del destino desgraciado de su madre, concibió tal odio contra el matador, que no podia sufrir su vista, y ni aun se dignaba responder á sus preguntas. En vano se prodigaron las

caricias y las súplicas. Periandro se vió obligado á echarle de su casa, y á prohibir á todos los ciudadanos, no solo el recibirle, sino hasta el hablarle, so pena de una multa, que se aplicaria al templo de Apolo. Refugióse el joven á uno de los pórticos públicos, sin recursos, sin quejarse, y resuelto á sufrirlo todo, mas bien que exponer sus amigos á la furia del tirano. Algunos dias despues, viéndole su padre por casualidad, y reviviendo todo su cariño, se fué hácia él, y no omitió cosa alguna para aplacarle; pero no pudiendo conseguir mas que estas palabras: «habeis quebrantado vuestra ley, é incurrido en la multa,» tomó la determinacion de desterrarle á la isla de Corcira, que habia reunido á sus dominios.

Los dioses irritados concedieron á este principe una larga vida, que se consumia lentamente en desazones y remordimientos. Pasó aquel tiempo en que decia, que valia mas causar envidia que compasion; ahora el sentimiento de sus males le obligaba á confesar que la democracia era preferible á la tiranía. Hubo quien se atrevió á hacerle presente, que podia dejar el trono. ¡Ay! respondió, tan peligroso es para un tirano bajar del trono, como caer de él.

Abrumado con el peso de los negocios, y no hallando alivio alguno en su hijo mayor, que era simple, se resolvió á llamar á Licofron, é hizo



varias tentativas, que fueron desechadas con indignacion. Ultimamente propuso la abdicacion, y retirarse á Corcira, con tal que su hijo dejase esta isla, y viniese á reinar á Corinto. Este proyecto iba á efectuarse, cuando los Corciros, temerosos de la presencia de Periandro, abreviaron los dias de Licofron. Su padre no tuvo siquiera el consuelo de acabar la venganza que merecia tan cobarde atentado. Habia hecho embarcar en una nave trescientos niños que arribaron á las primeras casas de Corcira, para enviarlos al rey de Lidia. Llegada la nave á Samos, se conmovieron sus habitantes al ver estas víctimas desgraciadas, y hallaron modo de salvarlas, y enviarlas á sus padres. Devorado Periandro de una rabia inutil, murió á la edad de cerca de ochenta años, despues de un reinado de cuarenta y cuatro\*.

Apenas espiró, cuando desaparecieron los monumentos, y hasta los menores vestigios de su tiranía, sucediéndole un principe poco conocido, que solamente reinó tres años. Despues de este corto espacio de tiempo, juntaron los Corintios sus tropas con las de Esparta, y establecieron un gobierno, que se ha perpetuado, porque se acerca mas á la oligarquía que á la democracia, y porque los negocios importantes

\* El año 585 antes de J. C.

no están sujetos á la decision arbitraria de la multitud. Corinto ha producido mas hombres hábiles en el arte de gobernar, que ninguna otra ciudad de la Grecia. Ellos son los que con su sabiduria y sus luces han sostenido la constitucion de tal suerte, que los zelos de los pobres contra los ricos no la han perturbado jamas.

La distincion entre estas dos clases de ciudadanos, la destruyó Licurgo en Lacedemonia. Fidón, que segun parece vivió por el mismo tiempo, creyó que debia conservarla en Corinto, en donde fué uno de los legisladores. Una ciudad, situada en el camino principal del comercio, y precisada á admitir continuamente en sus muros á todos los extrangeros, no podia sujetarse al mismo régimen, que otra colocada en un rincon del Peloponeso; pero aunque Fidón conservó la desigualdad de bienes, no por eso dejó de atender á determinar el número de familias y de ciudadanos. Esta ley era conforme al espíritu de aquellos siglos antiguos, en que los hombres, distribuidos en poblaciones cortas, no conocian otra necesidad que la de subsistir, ni otra ambicion que la de defenderse, bastando á cada nacion tener suficientes brazos para cultivar la tierra, y bastante fuerza para resistir á una invasion repentina. Nunca han variado estas ideas entre los Griegos. Persuadidos sus filósofos y legisladores, á que una poblacion numerosa no



es mas que un medio de aumentar las riquezas, y perpetuar las guerras; lejos de favorecerla, se han ocupado continuamente en precaver su exceso. Los primeros, no estimando en mucho la vida, no creen necesario multiplicar la especie humana: los segundos, no poniendo su atencion sino sobre un pequeño Estado, han temido siempre recargarle de habitantes, que lo dejarían en breve exhausto.

Esta fué la principal causa que en otro tiempo, hizo salir de los puertos de Grecia, aquellos numerosos enjambres de colonos, para ir á establecerse lejos en costas desiertas. Corinto es á quien debieron su origen; Siracusa, que es el ornamento de la Sicilia; Corcira, que por algun tiempo fué la señora de los mares; Ambracia en Epiro, de la que ya he hablado\*, y otras muchas ciudades mas ó menos florecientes.

Amuy corta distancia de Corinto está Sicione, adonde llegamos, teniendo que pasar varios rios. Esta comarca, que produce mucho trigo, vino y aceite, es una de las mas hermosas y ricas de la Grecia.

Como las leyes de Sicione prohiben enterrar á quien quiera que sea en la ciudad, vimos á derecha é izquierda del camino muchos sepuleros, cuya forma no desdice de la hermosura de

\* Véase el capítulo xxxvi de esta obra.

aquellos parages. Una pared baja con columnas encima que sostienen un techo, circunda el terreno en que se abre el hoyo: se deja allí el muerto; se le cubre de tierra, y despues de las ceremonias acostumbradas, los que le han acompañado le llaman por su nombre, y se despiden para siempre.

Hallamos á los habitantes, ocupados en los preparativos de una fiesta que celebran todos los años, y verificóse la noche siguiente. De una especie de celda, donde tienen encerradas muchas estatuas antiguas, las sacan para pasearlas por las calles, y las depositan en el templo de Baco. La de este dios abria la marcha, y tras ella iban las demas: acompañaban á esta ceremonia un gran número de hachas, y cantaban himnos por cierto estilo, no conocido en otra parte.

Los de Sicione ponen la fundacion de su ciudad en una época, que no puede conciliarse con las tradiciones de otros pueblos. Aristrato, en cuya casa nos alojamos, nos enseñó una lista de los principes que ocuparon el trono por espacio de mil años, y el último de ellos vivia poco mas ó menos por el tiempo de la guerra de Troya. Nosotros le suplicamos que no nos llevase á tiempos tan altos, y no se alejase mas de tres ó cuatro siglos. Por este tiempo, continuó, apareció una sucesion de soberanos, conocidos con el nombre de tiranos, porque gozaban de una



autoridad absoluta: la que conservaron por un siglo entero, sin valerse de otro secreto, que contenerla dentro de límites justos, respetando las leyes. Ortágoras fué el primero de ellos, y Clístenes el último. Los dioses, que algunas veces aplican remedios violentos á los males extremos, hicieron nacer estos dos príncipes, para quitarnos una libertad mas funesta que la esclavitud. Ortágoras reprimió el furor de las facciones con su moderacion y prudencia. Clístenes fué adorado por sus virtudes, y temido por su valor.

Quando la dieta de los anficiones resolvió armar las naciones de la Grecia contra los habitantes de Cirra\*, por estar culpados de impiedad contra el templo de Delfos, nombró por uno de los generales del ejército á Clístenes, quien se mostró grande en deferir muchas veces al parecer de Solon, que se hallaba en esta expedicion. La guerra se concluyó brevemente; y Clístenes empleó la parte que le cupo del botín, en edificar un pórtico soberbio en la capital de sus Estados.

La reputacion de su sabiduría, se aumentó en una circunstancia particular. Acababa de ganar en Olimpia el premio de la carrera de carros de cuatro caballos. Luego que fué proclamado su

\* Hacia el año 596 antes de J. C.

nombre, adelantándose un heraldo hácia la multitud innumerable de espectadores, anunció, que todos los que podian aspirar al himeneo de Agarista, hija de Clístenes, podian ir á Sicione en el término de sesenta dias, y que al año, despues de espirado el término, seria declarado el esposo de la princesa.

Al punto acudieron de varias partes de la Grecia y la Italia, los pretendientes que creian tener títulos suficientes para sostener el lustre de esta alianza. Uno de ellos era Esmindirides, el mas rico y voluptuoso de los Sibaritas; el cual vino en una galera propia, con una comitiva de mil esclavos, pescadores, pajareros y cocineros. Era este el que viendo á un rústico levantar la azada con esfuerzo, sentia despedazarse las entrañas; y no podia dormir si alguna de las hojas de rosa, que le esparcian en la cama, se llegaba á doblar por casualidad. Su molición no podia compararse sino con su fausto, y este con su insolencia. En la tarde de su llegada, quando se trató de ponerse á la mesa, pretendia que ninguno tenia derecho para ponerse cerca de él, sino la princesa, quando llegase á ser su esposa.

Entre sus rivales se contaban Laócedes, de la antigua casa de Argos; Láfanos de Arcadia, descendiente de Euforion, quien, segun se dice hospedó á Castor y Polux, Megacles de la casa



de los Alcmeónides, la mas poderosa de Atenas; Hipóclides, nacido en la misma ciudad, distinguido por su ingenio, riquezas y hermosura. Los otros ocho merecian, cada uno por su término, competir con estos.

La corte de Sicione no pensaba mas que en fiestas y placeres; la lid continuaba abierta á los concurrentes; y allí disputaban el premio de la carrera y otros ejercicios. Clístenes, habia tomado informes acerca de sus familias, asistia á sus combates, y estudiaba atentamente su caracter, ya en las conversaciones generales, ya en las particulares. Cierta inclinacion secreta le habia arrastrado desde luego hácia el uno de los dos atenienses; pero las gracias de Hipóclides habian acabado de seducirle.

El dia que debia manifestar su eleccion, hizo lo primero un sacrificio de cien bueyes, y luego tuvo un banquete, á que fueron convidados todos los de Sicione con los concurrentes. Levantáronse de la mesa; se continuó bebiendo, y se disputó sobre la música y otros objetos. Hipóclides, que en todo conservaba la superioridad, alargó la conversacion: repentinamente mandó al flautista, que tocase cierto son, y se puso á danzar un baile lascivo con una satisfaccion, que indignó á Clístenes: poco despues mandó traer una mesa, saltó encima de ella, ejecutó primero las danzas de los Lacedemonios, y despues

las de los Atenienses. Irritado Clístenes al ver tanta indecencia y ligereza; procuraba reprimirse; mas cuando le vió cabeza abajo, apoyándose sobre los brazos, figurar diversos gestos con los pies: «Hijo de Tisandro, exclamó, acabais de «danzar el rompimiento de vuestro matrimonio. — En verdad, señor, respondió el ateniense, que á Hipóclides no se le da nada de «eso.» Dichas estas palabras, que han pasado á proverbio, Clístenes impuso silencio, dió gracias á todos los concurrentes, les suplicó tuviesen á bien aceptar cada uno un talento de plata, y declaró que daba su hija por esposa á Megacles, hijo de Alcmeon. De este matrimonio descendia, por parte de madre, el célebre Pericles.

Aristrato añadió, que despues de Clístenes, el odio recíproco de ricos y pobres, esta enfermedad eterna de las repúblicas de la Grecia, no habia cesado de despedazar su patria; y que últimamente un ciudadano llamado Eufron, que tuvo la habilidad de reunir en sí toda la autoridad, la conservó por algun tiempo, la perdió despues, y fué asesinado en presencia de los magistrados tebanos, cuya proteccion habia ido á implorar. Los Tebanos no se atrevieron á castigar á los asesinos de un hombre acusado de tiranía; pero el pueblo de Sicione, á quien habia favorecido siempre, le levantó un sepulcro